

Hernán Elizondo Arce

# La ventana

Parece que los periódicos no especularon sobre el caso; pero fue porque el suceso coincidió con un crimen impecable realizado en un barrio josefino, acerca del cual se escribió mucho, se investigó hasta lo exhaustivo y nunca se descubrió nada importante, excepto que los asesinos estaban a salvo y que las víctimas estaban en el cementerio.

En realidad el drama tuvo ribetes existencialistas, aunque su protagonista no fuese un hombre sino un perico. Porque hay que empezar por el principio: Gurriapepín era un lorito, pero no se trataba de cualquier tronchador de jocotes o hablantín de patio. No. En la escala de los volátiles de pico corvo y alas verdes, no podría desconocerse el alto rango de aquel coterráneo del Doctor Vargas, pues que había nacido el bipedo en Palmira, en el hueco del árbol que secó un rayo. Con semejante historial, se codeó con guacamayas de cháchara y tornasol, con alcaravanes de curva estampa y con garzas que enarcaban el cuello, volando sobre el jaragual sediento.

Claro que todo había terminado el día que lo abatieron de un flechazo, para revivirlo después dentro de un tarro. Vendido luego por cualquier cosa, hizo la travesía hasta San José metido en una caja vacía de Kótex, bastante asustado el pobre cillo por aquel nuevo modo de viajar.

En lugar de güitite comió pan y en vez de papaturros tragó leche. Pero el exiliado del llano le fue fiel al recuerdo de su tierra y siempre tuvo hambre de campo abierto y nostalgia de espabeles.

Un buen día su dueña, —nombre, Teresa; edad, 42 años; estado civil, soltera; — tuvo la poca original ocurrencia de adoptar también

un gato. Descomunal falta de tacto! Porque a la mañana siguiente, cuando el perico fuera de su jaula se asoleaba sobre la rama de un durazno, el gato se encogió en un salto de circo, que tenía dos propósitos: uno, claro y visible de acabar con el pajarillo; el otro, menos reprochable, de batir todos los récords en el salto de altura de los gatos. No consiguió lo primero y en verdad es discutible si consiguió lo segundo. Pero sí consiguió amenazar al perico, que desde entonces se cuidó mucho de aquel compañero de mirada acechante que lo espiaba erizando el lomo. Dos o tres veces más repitió el intento el gato pero no con mejor fortuna.

La posibilidad de morir envolvió al pajarillo en pesimismo. Incluso empezó a tomar en serio la filosofía, pues todos los días al ver que nacía el sol pensaba en su enconado enemigo y a la vez reflexionaba con la dignidad de un cartesiano: "Pienso, luego existo".

Y al fin aquella tarde fue el desenlace fatídico.

Mientras el perico, indefenso fuera de su jaula, filosofaba un poco a lo Camus, sobre lo absurdo de la vida ante lo inevitable de la muerte, el gato saltó de pronto con las garras listas sobre el filósofo emplumado.

Fue un salto tan espectacular que todo enrededor se quedó inmóvil un momento, pues con él se batían todos los records habidos y por haber en los saltos felinos del mundo. Tan extraordinario fue aquel salto, que Gurriapepín vio al gato pasar como un bólido junto a su cabeza, lo vio retorcerse en el aire en una imagen monstruosa y lo vio regresar a tierra para quedar allí exangüe, tendido cuan largo era, con la cabeza rota.